

ACADEMIA DE CIENCIAS EXACTAS, FISICO-QUIMICAS Y NATURALES

---

# EXCELENTÍSIMO SR. D. JOSÉ ECHEGARAY Y EIZAGUIRRE

Presidente de la Academia de 1901 a 1916

---

SOLEMNE SESION CELEBRADA PARA HONRAR SU MEMORIA,  
AL CUMPLIRSE, EN 1932, EL PRIMER CENTENARIO  
DE SU NACIMIENTO



MADRID  
C. BERMEJO, IMPRESOR  
Stma. Trinidad, 7.-Teléf. 31199  
1932



FUNDACIÓN  
JUANELO  
TURRIANO



FUNDACIÓN  
JUANELO  
TURRIANO



duyul

128572

450/89

PRIMER CENTENARIO DEL NACIMIENTO

DE

SEÑOR DON JUAN FERNÁNDEZ Y BARRAL



FUNDACIÓN  
JUANELO  
TURRIANO



FUNDACIÓN  
JUANELO  
TURRIANO



EXCMO. SR. D. JOSÉ ECHEGARAY Y EIZAGUIRRE

EXCELENTÍSIMO SR. D. JOSÉ  
ECHEGARAY Y EIZAGUIRRE

Primer Centenario del Nacimiento

PRIMER CENTENARIO DEL NACIMIENTO

DEL

EXCMO. SR. D. JOSÉ ECHEGARAY Y EIZAGUIRRE



FUNDACIÓN  
JUANELO  
TURRIANO

PRIMER CENTENARIO DEL ACENTADO  
DEL  
ESTADO DE LA JOYA ELIZABETH Y EL ACENTADO



FUNDACIÓN  
JUANELO  
TURRIANO



ACADEMIA DE CIENCIAS EXACTAS, FISICO-QUIMICAS Y NATURALES

---

EXCELENTÍSIMO SR. D. JOSE  
ECHEGARAY Y EIZAGUIRRE

Presidente de la Academia de 1901 a 1916

SOLEMNE SESION CELEBRADA PARA HONRAR SU MEMORIA,  
AL CUMPLIRSE, EN 1932, EL PRIMER CENTENARIO  
DE SU NACIMIENTO



MADRID  
C. BERMEJO, IMPRESOR  
Stma. Trinidad, 7.-Teléf. 31199  
1932



FUNDACIÓN  
JUANELO  
TURRIANO

EXCELENTÍSIMO SR. D. JOSE

ECHEGARAY Y EIXAGUIRRE

Presidente de la Academia de la Lengua

Academia de la Lengua  
de la Lengua de la Lengua  
de la Lengua de la Lengua  
de la Lengua de la Lengua

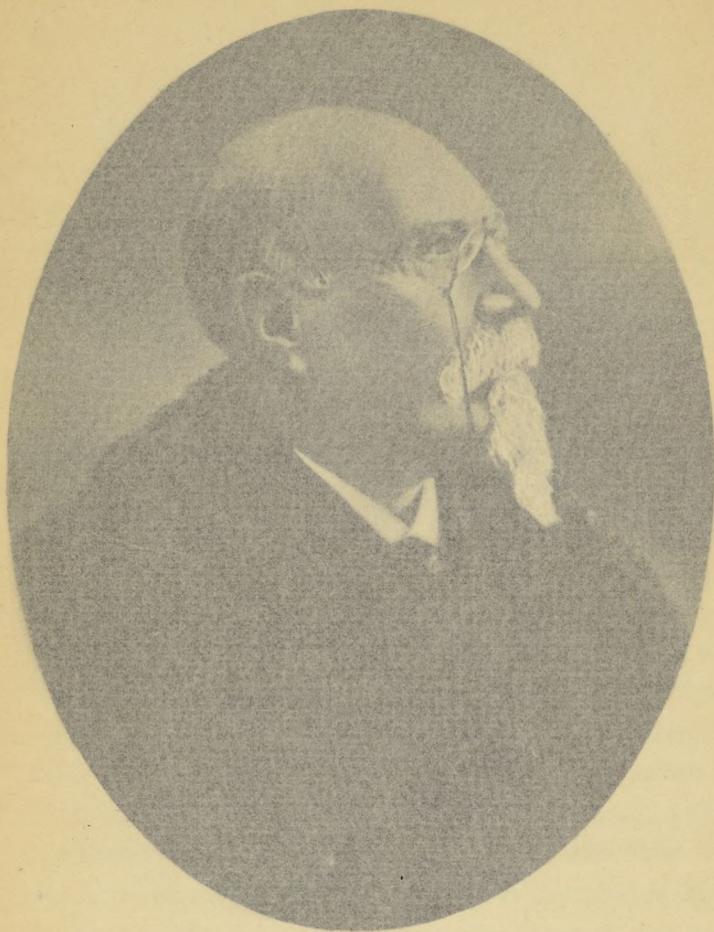


IMPRESA  
DE LA LENGUA  
DE LA LENGUA  
DE LA LENGUA



FUNDACIÓN  
JUANELO  
TURRIANO





José Echegaray  
*[Signature]*



FUNDACIÓN  
JUANELO  
TURRIANO

El presente trabajo es el resultado de una investigación realizada en el marco del proyecto de investigación sobre el patrimonio cultural de la ciudad de Turriano, financiado por el Ayuntamiento de Turriano.

El presente trabajo es el resultado de una investigación realizada en el marco del proyecto de investigación sobre el patrimonio cultural de la ciudad de Turriano, financiado por el Ayuntamiento de Turriano.

El presente trabajo es el resultado de una investigación realizada en el marco del proyecto de investigación sobre el patrimonio cultural de la ciudad de Turriano, financiado por el Ayuntamiento de Turriano.

El presente trabajo es el resultado de una investigación realizada en el marco del proyecto de investigación sobre el patrimonio cultural de la ciudad de Turriano, financiado por el Ayuntamiento de Turriano.

El presente trabajo es el resultado de una investigación realizada en el marco del proyecto de investigación sobre el patrimonio cultural de la ciudad de Turriano, financiado por el Ayuntamiento de Turriano.

El presente trabajo es el resultado de una investigación realizada en el marco del proyecto de investigación sobre el patrimonio cultural de la ciudad de Turriano, financiado por el Ayuntamiento de Turriano.

El presente trabajo es el resultado de una investigación realizada en el marco del proyecto de investigación sobre el patrimonio cultural de la ciudad de Turriano, financiado por el Ayuntamiento de Turriano.

El presente trabajo es el resultado de una investigación realizada en el marco del proyecto de investigación sobre el patrimonio cultural de la ciudad de Turriano, financiado por el Ayuntamiento de Turriano.

El presente trabajo es el resultado de una investigación realizada en el marco del proyecto de investigación sobre el patrimonio cultural de la ciudad de Turriano, financiado por el Ayuntamiento de Turriano.





Liri Echegaray

A stylized, handwritten signature in dark ink, corresponding to the name Liri Echegaray.



FUNDACIÓN  
JUANELO  
TURRIANO



FUNDACIÓN  
JUANELO  
TURRIANO



## Primer centenario del nacimiento del Excelentísimo Sr. D. José Echegaray y Eizaguirre

CONCIBIERON varios señores académicos de esta Corporación la idea de conmemorar el natalicio del que fué eximio presidente de la Academia, Excmo. Sr. D. José Echegaray y Eizaguirre, al cumplirse el primer Centenario de aquél. Aceptó con júbilo la Academia el pensamiento, y, al procurar ponerlo en práctica, surgió la dificultad de no conocer con seguridad la fecha del nacimiento del Sr. Echegaray, pues mientras en la Enciclopedia Espasa y en la publicación relativa a la adjudicación de los Premios Nobel en el año 1904—en la última de las cuales hay una breve noticia biográfica del Sr. Echegaray—aparece señalado su nacimiento el Jueves Santo 4 de abril de 1833, algún individuo de su familia (1) expuso a uno de nuestros compañeros la duda de que esta fecha fuese exacta, ya que él recordaba haber oído que D. José nació en el año 1832, el día 19 de abril.

Diéronse algunos pasos para comprobar cuál de estas fechas fue-

---

(1) Don Enrique Caunedo, sobrino del Sr. Echegaray.





ra la exacta, o marcar ésta, si ninguna de aquéllas lo era, y, después de distintas averiguaciones, se pudo obtener en la iglesia parroquial de San Sebastián, de esta corte, la partida de bautismo que dice claramente que Echegaray nació el 19 de abril de 1832. Vivían entonces sus padres en la calle del Niño, así denominada por haber existido en la misma, una capilla dedicada al Niño llamado de la Guardia. Esta calle es la que hoy se conoce con el nombre de calle de Quevedo.

Como D. José Echegaray era también académico de la Española, comunicóse nuestro propósito a esta Academia, lo aceptó, y decidió tomar parte en la realización del proyecto. Acordóse celebrar una sesión solemne y pública en la que académicos de una y otra Corporación pronunciasen sendos discursos, estudiando, los de la Española, a Echegaray, desde el punto de vista literario, y los de la de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, considerándole como hombre de ciencia propiamente tal. Y como con fundamento se presumía que la concurrencia a este acto había de ser crecida, se acordó celebrar la sesión en el local de la Española, cedido por ésta sin dificultad.

Mas como el tiempo en que llegaron a aclararse las dudas relativas a la fecha del nacimiento era ya muy próximo al 19 de abril, y resultaba muy difícil preparar el acto para dicho día, se acordó tener la sesión aludida algunos días después, pero dentro del mes de abril.

Brindáronse gustosos los académicos de la Española señores Sandoval y los hermanos Alvarez Quintero, a redactar y leer los discursos a la Española correspondientes, y nuestra Academia de Ciencias designó a los señores González Quijano y Carrasco, y obtuvo desde luego el consentimiento de éstos, para que en igual forma llevaran la voz de nuestra Corporación en aquel acto. Señalóse el viernes 29 de abril para celebrar la sesión de que se hace mérito, y,





al efecto, llevóse de la de Ciencias a la Academia Española el cuadro al óleo pintado por Salaverría que representa a D. José Echegaray en los últimos años de su vida, cuyo retrato se dispuso en el estrado sobre un caballete convenientemente adornado.

Circuláronse las invitaciones, marcando la hora de las seis y media de la tarde del dicho día 29 de abril para celebrar la sesión.

Gran número de señores académicos, no sólo de la Española y de la de Ciencias, sino de las demás Academias nacionales que existen en Madrid, llenaba este día el estrado, y ocupaba, completamente, el resto del salón una selecta concurrencia.

Tuvo la bondad de presidir esta sesión el Excmo. Sr. D. Niceto Alcalá Zamora, Presidente de la República, a quien acompañaban en la mesa presidencial el director de la Española, D. Ramón Menéndez Pidal; el presidente de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, D. Leonardo de Torres y Quevedo, y otros individuos de estas Academias y de la de Bellas Artes de San Fernando.

A continuación se consignan los discursos del presidente de la de Ciencias y los de los señores antes mencionados, en el orden que fueron leídos cuatro de ellos, y pronunciado el del Sr. Sandoval. Todos merecieron aplauso unánime de los señores académicos y de la concurrencia que llenaba el salón.

En el ánimo de los asistentes quedó muy grata impresión de la solemnidad celebrada.









Discurso del Excmo. Sr. D. Leonardo de Torres y Quevedo,  
Presidente de la Academia de Ciencias Exactas,  
Físico-Químicas y Naturales.







SEÑORES:

**O**s extrañará, de seguro, verme ocupar este elevado sitio. Es una honra que debo a la afectuosa cortesía con que acogió esta Academia la idea, concebida en la de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, de conmemorar, con una sesión solemne, el primer centenario del natalicio de D. José Echegaray; acordó unirse a nosotros para celebrarla y ofreció este espléndido local a los organizadores para que en él se realizara. Y en aquella misma reunión, en la que por primera vez hablábamos del asunto, manifestó el señor M. Pidal que a pesar de su vehemente deseo de tomar parte en esta sesión, le sería probablemente imposible asistir a ella, y propuso mi candidatura, que fué aceptada por unanimidad, por que no creí yo procedente iniciar en aquel momento discusión ninguna. Aquí me tenéis, pues, ostentando una representación que no me corresponde, y que ha venido a aumentar la preocupación que siempre sentí al pensar en la manera de realizar esta manifestación tan justificada y tan sincera, de cariño y respeto al que fué nuestro eximio compañero.

Comprendí que al llegar este momento creeríais que mi posición académica me obliga a pronunciar un discurso dedicado a ex-



FUNDACIÓN  
JUANELO  
TURRIANO



poner, aunque sea muy rápidamente, sus geniales trabajos y los brillantes resultados que en ellos consiguió; pero yo sabía de antemano que esto no había de ocurrir así, porque no lo pronunciaría.

Ya en otras ocasiones, en circunstancias para mí solemnes, había tropezado con una dificultad análoga, y para que no podáis creerme culpable de proceder ligeramente en este asunto, para demostraros que obedezco a un convencimiento muy meditado, ya antiguo en mí, recordaré el discurso que leí aquí mismo, hace ahora doce años, al ingresar en la Academia Española, y aun he de leerlos los párrafos dedicados a este asunto, que son bien explícitos. Decía yo entonces: "Las mismas dificultades que he encontrado hasta ahora para ajustarme a las prácticas establecidas se me presentan, más imponentes, en el momento en que debería indicar el tema de mi discurso. Cosa bien natural, pues todas ellas se reducen, en definitiva, a una sola, que necesito—aunque me duele y casi me sonroja—confesar con absoluta sinceridad: os habéis equivocado al elegirme; no poseo aquel mínimo de cultura exigible a un académico. Yo seré siempre un extraño en vuestra sociedad sabia y erudita; llego de tierras muy remotas; no he cultivado la Literatura, ni el Arte, ni la Filosofía, ni aun la Ciencia, por lo menos en sus regiones más elevadas. Los sabios que las frecuentan, empeñados en escudriñar las leyes del Universo y descubrir los secretos de la Creación, tropiezan con graves problemas, que trascienden al terreno filosófico, y pueden interesaros, porque estáis familiarizados también con ellos, aunque los miréis desde un punto de vista distinto.

Mi obra es mucho más modesta. Paso la vida ocupado en resolver problemas de mecánica práctica. Mi laboratorio es un taller de cerrajería más completo, mejor montado que los conocidos habitualmente con ese nombre; pero destinado, como todos, a proyectar y construir mecanismos.





No pretendo empalagaros con alardes de falsa modestia, denigrando la obra de toda mi vida, ni vosotros me creeríais sincero si fingiera despreciarla; pero comprenderéis la imposibilidad de hallar en esos trabajos técnicos, cuyo único fin es ensanchar los dominios de la Mecánica, sometiendo a su jurisdicción nuevos problemas de mayor o menor importancia, el tema que necesito.

Y, por otra parte, me asusta la idea de componer un discurso de corte propiamente académico, sin preparación anterior ninguna, acudiendo al cómodo y falaz auxilio de las enciclopedias. Sólo conseguiría, de seguro, dar a la luz algún engendro, erudito en la apariencia, vacío en el fondo y anquilosado en la forma. No me resuelvo a imponeros la fatiga de escucharle, ni a pasar por la humillación de leerle, y he creído más acertado y razonable prescindir, con vuestra venia, de escribirle.

Ya me parece ver reflejarse en vuestros semblantes el asombro producido por declaración tan extemporánea, y más aún por la audacia de confesar mi inutilidad para un cargo, después de haberle aceptado. Pero quizá—benévolos como siempre—concederéis a mi proceder alguna disculpa, porque si no os traigo un discurso que manifieste mi capacidad para tomar parte en vuestras tareas, os traigo lo único que yo puedo traeros: un proyecto: El de Unión Internacional de Bibliografía y Tecnología Científicas.”

Y ya plenamente convencido de que comprenderéis mi situación y la absoluta imposibilidad, tan sensible para mi amor propio, de que exponga en un discurso los importantísimos trabajos de D. José Echegaray, dejo a mis compañeros, los académicos designados por las Academias Española y de Ciencias, el cuidado de hacerlo, con su reconocida competencia, limitándome yo a decir cuatro palabras, para recordar a aquel hombre bueno y generoso, que me honró con su amistad durante los últimos años de su gloriosa vida y a quien debo una gratitud indeleble, que me complaz-





co en reconocer aquí, por el apoyo que me prestó en mil ocasiones, y especialmente al fundar yo mi laboratorio de Automática, que aun vive y trabaja.

La condición más sobresaliente en Echegaray era la de maestro: D. José enseñaba siempre, sin esfuerzo ni propósito deliberado de enseñar, lo mismo en sus conferencias y publicaciones científicas, explicando claramente a los doctos las teorías más abstrusas; que en su conversación amena, sin asomo de pedantería, hablando de ellas en forma que todos pudiéramos entender los puntos más esenciales de la cuestión que explicaba, vulgarizándola.

Siempre recuerdo su tertulia, la *cacharrería* del Ateneo, de la cual era yo asiduo concurrente; allí, aquel maestro de la palabra, con su charla amena y entretenida, propia de un círculo de recreo, nos cautivaba a todos sus contertulios, o disertaba sobre las novedades científicas y literarias del día, poniendo en práctica el consejo de enseñar deleitando; pero, más generalmente aun, tomaba parte en el diálogo ameno, deferente y sin imponerse nunca; siempre la reunión, conferencia o diálogo, resultaban interesantísimos e instructivos.

Algo querría añadir acerca del teatro de Echegaray, que a mí me entusiasmó y me llevó, hace ya casi medio siglo, a tomar parte acalorada en las ardientes discusiones sobre sus obras que tanto abundaban entonces. No hablaba yo como crítico, sino como simple aficionado. Juzgaba de un drama por la impresión que me había producido el verle representar, y aun hoy creo que no me equivocaba al proceder de esta manera.

Me fundo para pensar así en los numerosos admiradores que en España y en toda la Europa culta le otorgaron el calificativo de genial dramaturgo, juicio oficialmente sancionado en 1905 al adjudicarle el premio Nobel, y también en una opinión formulada por el propio D. José y publicada por D. Segismundo Moret en un





discurso pronunciado en el Ateneo en 1905, con motivo de la adjudicación del premio Nobel; de D. Segismundo Moret copio estas palabras:

Para Echegaray: *"El público es la piedra de toque. El es quien ha de decidir del efecto de su concepción dramática. El conflicto debe crear la vibración estética; si no la produce, la obra ha sido deficiente. Si responde a ella, y más aún si excede la medida prevista por el autor, éste ha logrado su objeto."*





El presente documento es el resultado de un trabajo de investigación realizado por el autor, el cual ha sido sometido a un proceso de revisión y validación por parte de la comunidad científica.

El presente documento es el resultado de un trabajo de investigación realizado por el autor, el cual ha sido sometido a un proceso de revisión y validación por parte de la comunidad científica.

El presente documento es el resultado de un trabajo de investigación realizado por el autor, el cual ha sido sometido a un proceso de revisión y validación por parte de la comunidad científica.

El presente documento es el resultado de un trabajo de investigación realizado por el autor, el cual ha sido sometido a un proceso de revisión y validación por parte de la comunidad científica.

El presente documento es el resultado de un trabajo de investigación realizado por el autor, el cual ha sido sometido a un proceso de revisión y validación por parte de la comunidad científica.





Discurso del Ilmo. Sr. D. Pedro Carrasco, Académico de la de  
Ciencias Exactas Físico-Químicas y Naturales,  
Catedrático de la Universidad Central.



FUNDACIÓN  
JUANELO  
TURRIANO



El presente libro es el resultado de la  
investigación realizada por el autor y  
publicada en la Universidad de Turis.



FUNDACIÓN  
JUANELO  
TURRIANO



SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA, SEÑORES ACADÉMICOS, SEÑORAS, SEÑORES:

LA organización de este acto me obliga a ensalzar a Echegaray en nombre de la Facultad de Ciencias de la Universidad Central, de la que fué profesor, excepcional e insustituible, durante los últimos años de su vida. Pero sobre la obligación formularia, salta la causa emotiva, el discípulo domina al profesor, el corazón desborda al cerebro y no sé si podré deciros de él más que mi veneración al maestro por antonomasia, al que me enseñó a sentir la emoción científica ante la verdad, a despreciar los falsos oropeles de la mezquina vanidad humana, tanto más grandes aquéllos cuanto más vacía ésta de contenido, y a vivir plácido la vida interior de nuestros amores, dejando vagar la fantasía por los floridos jardines secretos de nuestros ideales y nuestras emociones íntimas.

Guiado por su mano recorrí, pobre y absorto discípulo, las gloriosas cimas de las teorías científicas y los bajos lodazales de la ruindad social. Y la serenidad espiritual que me dejara me permite seguir la vida sin odios y sin ambiciones, recordando su estoica sonrisa y la bondad inquebrantable de su persona, que después de haberlo sido todo, arrinconado, recluso en sí mismo, gozaba, cual



FUNDACIÓN  
JUANELO  
TURRIANO



curioso chicuelo, charlando en la intimidad acerca de los últimos arcanos de la ciencia. No he de ser yo el que en estos momentos os repita la vida pletórica de Echegaray, rica en destellos de sus innúmeras facetas, como brillante solitario que destaca su hermosura entre la más rica pedrería; pero su vida me recuerda siempre, a mí, modesto observador de los astros, esos rutilantes cometas que al acercarse a nuestro pequeño mundo planetario van aumentando el brillo y esplendor; en la madurez, excitados por la actividad solar se enriquecen con esplendorosa cabellera hervidero de energías; y al alejarse, van recogiendo cada vez más en la intimidad de su núcleo, hasta perderse anónimos en los abismos siderales ante la indiferencia del vulgo y, acompañados tan sólo por la atención amorosa de los astrónomos, que vigilan leales hasta la última palpitación perceptible de su existencia cósmica.

Y así Echegaray va acrecentando durante su juventud las dotes de su talento excepcional, que le elevan al plano de maestro indiscutible; y así Echegaray, entre el hervidero social de la revolución septembrina, despliega energías inusitadas, derrama sobre el cuerpo social las múltiples modalidades de su talento, hasta que, falto del calor vivificante del medio, languidece escéptico, y vuelve placentero al mayor de sus amores, la ciencia abstracta, tal vez porque las impurezas de la vida le mostraban lejano, irrealizable entonces, lo que era anhelo de su corazón, norte y guía de su espíritu.

En esta última fase conocí a Echegaray en la Universidad, enseñando a mi generación las teorías más básicas y fundamentales de la física matemática; y sólo le acompañábamos en el voluntario destierro de su cátedra los que, despreciando a los prodigadores de mercedes, íbamos a recoger de sus labios, cual de manantial purísimo, las cristalinas gotas que condensan los más trascendentes principios de la ciencia y de la filosofía.





En Echegaray dominó siempre el maestro, no para fabricar un dogma ni crear prosélitos, sino para verter generoso, con el más puro altruísmo, lo mejor de su intelecto: para que la multitud aplacara su eterno ansia de saber.

No era Echegaray, como decía Abel del matemático Cauchy, de esos sabios que, cual la zorra, borra con el rabo las huellas de sus pasos: esos podrán ser sabios, pero no maestros. Echegaray era la claridad meridiana de un cielo español; oyéndole, no sólo comprendíamos cuanto decía, sino lo que pensaba; y hasta veíamos en la máquina de su cerebro cómo se elaboraba la idea que se incrustaba férrea en el del oyente con solidez inmovible. Echegaray, en otro ambiente y en otro momento histórico, pudo ser un formidable especialista, un matemático único. Pero no se lo permitieron ni el medio, ni la vida, ni la propia exuberancia de su talento. Fué enciclopedista como lo fueron en todos los pueblos las grandes figuras que precedieron al desbordamiento de una cultura; como lo fueron en momentos históricos más intensos Miguel Angel, Voltaire y Kant.

Oíd sus palabras: "Cuando la Tierra tiembla, tiemblan las cabañas, tiemblan los palacios"; en esta frase lapidaria se retrata la vida del maestro.

En la esteparia llanura de nuestra ciencia del siglo XIX, el genio de Echegaray es la conmoción sísmica que rompe la desolada uniformidad y trae al campo de la Matemática y la Física los más ricos filones de la ciencia de su época. Abre cauces donde sólo existían muertos embalses; levanta faros espirituales donde la atonía de una raza, ahíta de luchar, dormía el cansancio de las jornadas pasadas. Echegaray, como esas conmociones que trastornan la estructura, la geología y la biología de una zona terrestre, es la sacudida genial que aviva el espíritu de una raza, desde la cabaña hasta los palacios, desde el obrero más humilde que en momentos





de descanso delecta sus inimitables artículos, hasta las más altas esferas del Estado al que señala rumbos económicos y culturales. Su genio atisbó claramente que los dos problemas básicos de la humanidad y por ende los de nuestra querida España eran la economía y la enseñanza.

Y siempre en sus actos aparece el maestro. Maestro decretando como ministro de Instrucción Pública en nuestros Gobiernos revolucionarios; maestro en las aulas de la Escuela de Ingenieros de Caminos y en la Facultad de Ciencias de la Universidad; maestro en la revista, y maestro en el periodismo. Tan maestro fué, que no hubo hombre en España, desde el curioso inculto hasta el profesional más ilustrado, que no debiera a Echegaray algo de lo mejor de su espíritu.

Echegaray fué el iniciador científico de nuestro pueblo durante largos años. Sus artículos de divulgación en revistas y diarios, artículos no igualados por nadie, popularizaron los conocimientos básicos de la ciencia y de la industria, los últimos inventos y los descubrimientos más misteriosos. ¡Con qué deleite pueden leerse hoy! Y entonces, ¡cuántos cerebros, dormidos para la especulación, recibieron con esas maravillosas notas periodísticas la conmoción que despertaba a un investigador en potencia; pues por su forma sugestiva y por la claridad y por la profundidad de los conceptos obraron como talismán misterioso para muchos cerebros, cerrados hasta entonces a la luz de la verdad.

En sus lecciones en la Escuela de Caminos, en sus conferencias en el Ateneo y, finalmente, en sus admirables lecciones en la Facultad de Ciencias, fué el hombre de avanzada, el que volcó en nuestro solar la riqueza matemática de otros pueblos, iniciando a las generaciones que hoy preparan el resurgimiento español, abriendo puertas y ventanas a todos los puntos del horizonte científico. Sin la labor enciclopédica de Echegaray, como sin el ejem-





plo venerable de Cajal, tal vez la cultura e investigación española seguirían en la atonía del pasado siglo. Por ello es un deber de todos los españoles, que caminamos, ni envidiosos ni envidiados, por los ricos y a veces abruptos caminos de la ciencia, glorificar al Maestro de todos, elevar la expresión máxima y ferviente de nuestra admiración al que será en la Historia el precursor de nuestro engrandecimiento.

En el momento más combatido de su vida, cuando el huracán revolucionario le lanza a la vida política y le entroniza en el Ministerio de Fomento, si grande es la figura del Ingeniero a quien se debe la iniciación de nuestra red de ferrocarriles, de nuestros puertos, de nuestros pantanos, no es menos grande, aunque ha sido más olvidada, su labor rigiendo la Instrucción Pública. Yo he oído multitud de veces ensalzar como acto excepcional en la vida cultural del Estado la creación y organización del Instituto Geográfico, Estadístico y Catastral, para glorificar al insigne general Ibáñez. Pues bien; el decreto de creación, como todos los conducentes a establecer sobre bases científicas la estadística, el mapa y el catastro llevan la firma de D. José Echegaray.

Y en enseñanza, en sus decretos, órdenes y circulares, siempre aparece el hombre laico, ecuaníme, respetuoso con la conciencia ajena, defensor de la propia, paladín de la libertad de la Cátedra aunque imponga al profesorado en todos sus grados la obligación de prestar juramento a la Constitución para posesionarse de su cargo. El impulsa la creación de centros de enseñanza, estimulando a Diputaciones y Municipios para que se multipliquen las escuelas de todo género, cuyo principal objeto, según palabras de un decreto suyo, es "cultivar la inteligencia y formar el corazón de la juventud, devolviendo a la sociedad sus hijos dotados de la instrucción necesaria para que sean después dignos ciudadanos".

El establece en toda la Península multitud de bibliotecas esco-





lares y lleva a las escuelas colecciones de minerales útiles a la industria y a la agricultura, porque estima que en la educación y en el conocimiento de la Naturaleza está la verdadera revolución del mañana; y Maestro siempre, sabe que nada pueden los hechos, por transcendentales o profundos que sean, si los espíritus no han encarnado en un ideal que inspire, fecundice y dé solidez a la obra. Que no es el bruto golpe del cincel el que labró la Venus de Milo, sino el genial espíritu que impulsaba al brazo del artista.

Fué Echegaray el que en el preámbulo de un decreto señalaba la finalidad futura de los Institutos de segunda enseñanza, indicando la necesidad de un plan de organización que fundiera con la cultura general los conocimientos artísticos, industriales y comerciales que preparasen al hombre para los diversos oficios y profesiones; y es más, llegó a autorizar a la Universidad para organizar enseñanzas donde se formarían los funcionarios de la Administración, visión clara de lo que debiera ser una perfecta máquina estatal.

No es posible agotar ni aun exponer en tan corto tiempo toda su labor ejemplar. Baste lo dicho, para advertir que desde las cimas del Gobierno era faro esplendente que puso un destello orientador en el porvenir cultural de España.

¡Lástima que el talento y la visión política de otros hombres de aquella época no hubieran estado a igual altura, cooperando a la salvación definitiva de nuestra Patria!

No quiero terminar estas incoherentes frases, hijas de mi admiración, con un latiguillo indigno de mi maestro. Prefiero que le oigáis a él en las frases con que encabeza un decreto de 1870, palabras de actualidad palpitante: “Las revoluciones políticas son estériles si no llevan su espíritu y su fuerza a los varios elementos que constituyen el organismo social; si no consiguen que a los nuevos principios se amolden leyes, instituciones y costumbres, y que todo ceda al poderoso influjo y a la transformadora acción





de la nueva idea. Cambiar la superficie, dejando inalterable el fondo, es sustituir a la realidad la apariencia; y, por otra parte, una vez emprendido el verdadero trabajo interno, detenerse antes de llegar al fin es, no sólo dejar incompleta la obra comenzada, sino abandonarla imprudentemente a los azares del tiempo o a los repetidos embates reaccionarios, a los que por desgracia siempre cede lo que es superficial, a los que siempre resiste lo que en sólidos y profundos cimientos se apoya.”





El primer punto que se debe considerar es el de la importancia de la cultura en la vida de un pueblo. La cultura es el alma de una nación, es lo que le da identidad y sentido. Sin cultura, un pueblo se convierte en una masa anónima, en un grupo de individuos sin rumbo. Por eso, es fundamental que los gobiernos y las instituciones se preocupen por fomentar y proteger la cultura. Esto implica no solo la creación de espacios culturales, sino también la promoción de las artes y las letras, la preservación del patrimonio histórico y la educación en valores culturales. Solo así podremos construir una sociedad más cohesionada y con mayor conciencia de su propia historia.

En segundo lugar, es necesario abordar el tema de la desigualdad social. La cultura no debe ser un privilegio de unos pocos, sino un derecho de todos. Debemos trabajar para que todas las personas, independientemente de su condición económica o social, tengan acceso a los bienes culturales. Esto requiere políticas públicas que fomenten la participación ciudadana y que aseguren que los recursos se distribuyan de manera equitativa. Solo así podremos lograr una verdadera cultura para todos.

Además, es importante considerar el papel de la cultura en el desarrollo económico. La cultura puede ser un motor de crecimiento, generando empleo y dinamizando sectores como el turismo y la industria creativa. Sin embargo, esto debe ir acompañado de políticas que protejan a los artistas y a las industrias culturales, evitando que sean víctimas de la especulación o de la explotación. La cultura debe ser vista como un sector estratégico que contribuya al bienestar general de la sociedad.

Por último, debemos reflexionar sobre el futuro de la cultura en un mundo globalizado. La cultura local debe ser fortalecida y promovida, pero también debemos estar abiertos a los intercambios culturales con otros pueblos. La cultura no es algo estático; evoluciona y se transforma. Debemos encontrar el equilibrio entre la tradición y la innovación, entre lo local y lo global. Solo así podremos construir una cultura viva, dinámica y capaz de responder a los desafíos del futuro. La cultura es nuestro patrimonio común, y debemos cuidarlo como tal.





Discurso del Ilmo. Sr. D. Manuel de Sandoval,  
Académico de la Española.





Exposición de la Fundación Juanelo Turriano



FUNDACIÓN  
JUANELO  
TURRIANO



SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORES ACADÉMICOS:

SEÑORES:

EL discurso que vais a oír, y que yo os pido que os dignéis escuchar, estaba destinado a ser leído en el salón de vuestra Academia de Ciencias, que forma parte de la casa en que residió hasta hace cuarenta años esta misma Academia Española.

Yo hubiera ido a ese viejo solar de nuestra Corporación, con alegría y emoción parecidas a las que sentís vosotros—dignos representantes de las naciones americanas, que acudís hoy para honrar la memoria de Echegaray—cuando pisáis por vez primera el suelo sagrado de la Madre de pueblos que se llama España, y que, pobre y desvalida, conserva aún sobre el frontón de su casa solariega el señorial escudo al que todos añadimos cuarteles, timbrado como por una tiara de tres coronas: una de oro, otra de laurel y otra de espínas.

En aquella vieja mansión que albergó tantos años a esta Academia, recuerdo haber penetrado tres veces, dos de ellas con el respeto con que se penetra en un templo, otra con la inconsolable



FUNDACIÓN  
JUANELO  
TURRIANO



tristeza del que penetra en un panteón. Una vez fué la recepción de D. Miguel Colmeiro, Director del Botánico y Rector de la Universidad cuando yo empecé a cursar en sus aulas gloriosas, en las que trabé la antigua y firme amistad que me liga con Manuel Echegaray, el hijo del gran dramaturgo; otra para rezar ante el cadáver de D. José Zorrilla; la tercera para asistir precisamente a la solemne adjudicación del premio "Cortina", otorgado por vez primera a la *Mariana*, de Echegaray, que luchó en pugna empeñada con *La Dolores*, de Feliú y Codina, premio que, dicho sea de paso y con sinceridad absoluta—porque yo soy enemigo de la *incondicionalidad*, que es una de las más grandes enfermedades que en España padecemos—, fué causa o pretexto de muchos de los sinsabores que Echegaray tuvo que devorar en los últimos años de su existencia, tan atribulada como gloriosa.

Me habréis de permitir, señores, que fingiéndome que hablo en nuestra vieja Academia, y en aquellos años en que la admiración de los españoles se dividía entre Cánovas y Sagasta, Calvo y Vico, Campoamor y Núñez de Arce, *Lagartijo* y *Frascuelo*, hable como se hablaba entonces, y me valga, para ensalzar la memoria del grande hombre, de las desacreditadas comparaciones y de las violentas antítesis, que hoy se agrupan bajo el nombre que parece infamante de Retórica, porque, yo recuerdo haber oído a uno de los más grandes estilistas de España, al hoy olvidado D. Eugenio Sellés, decir en este salón, al final de su discurso de entrada, al cual contestó precisamente Echegaray, con uno admirable, como todos los suyos:

"Mi discurso podrá ser tildado de retórico; no os extrañe, estamos en el taller, y no quiero que me digan: *En casa del herrero, discurso de palo.*"

\* \* \*





Empezando, pues, a usar de esta amplia licencia que doy por supuesto que me habéis concedido, diré que la indiscutible grandeza de Echegaray, se nos muestra hoy como una ingente cordillera que recorta sobre el cielo castellano—sobre ese cielo que tiene más luz que color—la ondulante y dilatada línea de sus cumbres, que, contempladas en la lejanía, se tiñen del mismo color que el cielo; cuando nos acercamos vemos que aquel azul se desvanece, y que, como si los montes *arrugasen al sol sus frentes ceñudas*—según hubiera dicho Calderón—, nos muestran sus pavorosos desfiladeros, sus pérfidos abismos y sus amenazadoras gargantas; acaso diréis —y con razón—que este símil le habéis leído o escuchado mil veces; pero lo que quizá os parezca más nuevo, o desde luego más apropiado, es que la grandeza trágica de esos abismos, de esos desfiladeros y de esas gargantas, nos atrae quizá con más sugestivo encanto que el aspecto celeste de las laderas azuladas por la lejanía; porque Echegaray, que resucitó en la escena y fuera de ella el dualismo que forma la base de la religión de Zoroastro y que fué el dogma principal de la herejía de los Maniqueos, que sedujo al mismo San Agustín, en cuya alma africana y, como africana, apasionada y ardiente, riñeron su formidable batalla esos dos principios, tuvo una grandeza a la vez divina y satánica, aunque él supiese fundir los dos términos del pavoroso dilema, en una conclusión cristiana o, por lo menos, espiritualista, pero es lo cierto que estos dos principios rivales combatieron en el alma del dramaturgo, e inspiraron algunas de sus obras más aplaudidas, como *O locura o santidad*, *El loco Dios*, *El gran Galeoto*, en las cuales el poder de las tinieblas es por demás fecundo para el mal y para la caída; y cierto es también que el público, electrizado de entusiasmo por la doble y formidable sacudida de esas dos corrientes de nombre contrario y de polo opuesto, no se contentó con aclamar frenéticamente al poeta, en la sala del teatro, ni con cubrir





la escena de laureles, sino que se desbordó como río hinchado por la avenida, e inundó la plaza de Santa Ana y la calle del Principe, y acompañó al autor que consiguiera hacerle dudar de si debía atribuir el milagro a Dios o al Demonio, convirtiendo en marcha triunfal su paso al través de las plazas silenciosas y las calles oscuras, con teas humeantes y con antorchas resplandecientes.

Pero yo no he de tratar del dramaturgo, pues de Echegaray bajo tal aspecto, nos han de hablar con su autorizada competencia otros dramaturgos insignes; yo quisiera principalmente entonar un himno a la inteligencia humana, desde la guerra, cuyas consecuencias nos abruman, torpemente vilipendiada y neciamente escarnecida.

He de confesar, señores, que he conocido y tratado de cerca, ya en la Universidad como discípulo, ya en la Academia como discípulo también, ya en el Ateneo como consocio, ya en la tertulia de don Juan Valera, como tímido y casi mudo concurrente, a los hombres más ilustres y más famosos de España; en todos ellos he tenido algo que admirar, y de algunos mucho que aprender, pero yo os confieso que las dos personas de más talento que he conocido, han sido D. José Echegaray, entre los que han muerto, y Jacinto Benavente, entre los que viven.

Hay hombres que tienen, no lo que propiamente se llama talento, sino lo que se disfraza con este nombre, y es en realidad una aptitud determinada que, como la vista en el sordo y el oído en el ciego, se desarrolla a expensas de otras facultades y potencias; pero Echegaray servía para todo, porque en él las aptitudes nacían de un esfuerzo gigante de su voluntad, es decir, que la función creaba el órgano que había de cumplirla y realizarla.

Si le comparáis, por ejemplo, con Tamayo y Baus, notaréis, como yo he notado, que las ideas dramáticas del autor de *El gran Galeoto* tenían, como las que llamó *ideas* Platón, existencia ante-





rior, separada e independiente, y por sí mismas creaban un cuerpo en que encarnarse, mientras que las del autor de *Un drama nuevo* eran ideas, pura, exclusiva y soberanamente dramáticas, que, como dijo Menéndez Pelayo a otro propósito, habían nacido, al mismo tiempo que el argumento y que la forma, de un acto generador indivisible.

Por eso Tamayo es insuperable en la técnica; por eso Echegaray es asombroso, por haber hecho desfilas por el escenario lo que ni Cervantes en *La Numancia*, ni Lope en *Fuente Ovejuna*, ni Esquilo en *Las Suplicantes*, habían osado presentar, como plena colectividad, sino como hirviente muchedumbre, convirtiendo al personaje *Todo el mundo, que no cabe en el teatro*, en una especie de *Coro*, semejante al de la tragedia griega, en que está constantemente presente, y que, en cambio, no se parece a él, porque en vez de cumplir el conocido precepto de Horacio, no sostiene al protagonista en su oficio viril, o sea en su libre albedrío y en su honrado propósito, sino que le precipita en el abismo cuya existencia no sospechaba siquiera!

\* \* \*

Suele contarse a Echegaray entre los románticos, y en realidad nada hay tan opuesto a la tímida y meticulosa corrección martiniana como su noble y generoso impulso hacia la libertad artística—que le sedujo por ser una manifestación de la libertad que él amó sobre todas las cosas—; pero no hay que olvidar que llegó a la batalla romántica, ganada entre nosotros por el Duque de Rivas, el 22 de mayo de 1835, con el estreno de su incomparable *Don Alvaro*, como Felipe II a la batalla de San Quintín, esto es, después de conseguida la victoria, y que así como el Rey Prudente erigió el Monasterio del Escorial para conmemorar un triun-





fo al cual no había personalmente contribuido, Echegaray levantó el ingente monumento de su obra multiforme y compleja, que se parece por lo grandioso al que trazaron Juan Bautista de Toledo y Juan de Herrera, pero que no tiene ni podía tener su austera sobriedad ni sus clásicas proporciones, pues la caprichosa y errabunda inspiración que le dió—pese a quien pese—vida imperecedera, y la índole de su genio que le hizo fundir en una síntesis vigorosa aquellas dos manifestaciones de nuestro espíritu nacional que se llaman *culteranismo* y *conceptismo*, y que él supo reflejar más en el fondo que en la forma de sus escritos, se avenía mal con la rígida disciplina del seudo clasicismo y hasta con la amplia norma del clasicismo verdadero.

Por eso el gran poeta Ferrari, hoy injustamente olvidado y ayer estúpidamente escarnecido, acertó a retratarle de mano maestra en unas magníficas décimas que le dedicó en 1905, cuando España entera le ofreció el homenaje que por su gloria le debía:

“¡Su poder! ¿Dónde la valla  
que le encierre o le resista?  
Hay quien hereda, él conquista;  
hay quien reina, él avasalla.  
La crítica, absorta, calla,  
aherrojada por su mano;  
discutir sería en vano  
su independencia salvaje;  
¿quién discute... el oleaje  
que levanta el océano?”

Pero este oleaje, como dijo el insigne autor de *Hipatia*, no fué el que riza las azules aguas del que los romanos llamaron con absoluta propiedad *Mare nostrum*, sino la epiléptica convulsión del





que los españoles podemos llamar—no en latín, sino en castellano—*Mar nuestro*, porque *nuestro* le hicimos, al surcarle por primera vez con nuestras carabelas, cuando el grito de ¡*Tierra!* lanzado por Rodrigo de Triana desde lo más alto del mastelero de la *Santa María*, al resonar triunfalmente, enlazando los dos hemisferios del globo, y al dividir en dos edades la Historia del mundo, nos aseguró, desde luego, el pleno y material dominio de las regiones vírgenes y de los tesoros inexplorados que ese mar escondía, y nos prometió para siempre la quieta y pacífica posesión espiritual de sus convexas llanuras y de sus cóncavos abismos.

\* \* \*

Descendamos de estas alturas, y acordémonos del Echegaray íntimo, del Echegaray que lucía y derrochaba su ingenio incomparable en el “saloncillo” del Español o en la “Cacharrería” del Ateneo, porque aquel hombre excepcional no tuvo nunca la adusta seriedad, no española, sino extranjera—y no católica, sino puritana—, que cuadra tan bien a los que en la vida *escenifican*, como ahora se dice, la novela griega de Lucio de Patras o la latina de Apuleyo, repartiéndose, claro está, el papel de protagonistas... Seguro estoy de que mi ilustre y venerable amigo D. José Rodríguez Mourelo, aquí presente, recuerda como yo que una tarde del año..., no sé cual, pero de uno de los muchos años en que España tuvo que llorar los desastres de Marruecos, se hablaba en la “Cacharrería” de esos mismos desastres, y D. José lamentó nuestro estéril y prolongado sacrificio y hasta llegó a decir que más valía abandonar esas tierras funestas, cuando un pollito, de los que después habían de firmar la protesta famosa, le dijo con impertinente petulancia: “—Don José, usted olvida el testamento de Isabel la Católica.” “—No lo olvido—contestó Eche-





garay—, pero yo daría cualquier cosa por que hubiese muerto *ab intestato*.”

¡Cuántas veces escuché su palabra tan llana, tan penetrante, tan profunda y tan sugestiva! ¡Y cuántas contemplé aquella figura desmedrada, que era, como dijo Víctor Hugo de uno de los personajes de *Los Miserables*, *el pretexto para que un alma pudiera residir en la tierra*; y admiré aquel rostro de facciones acentuadas, en que la afilada perilla completaba el aspecto del conjunto, y en que los ojos, pequeños y hundidos, pero cargados de aquella doble electricidad de que hablé al principio, parecían perforar como dos chispas los gruesos cristales de sus *quevedos* de miope; y aquel cráneo que se erguía, como el calvo pico de una montaña, besado por el rayo de luz con que Dios señala a sus elegidos, y sobre el cual se agitaba, como mariposa cautiva, la lengua de fuego de una Pentecostés perpetuamente renovada, porque así como los Apóstoles al cernerse sobre ellos el divino Paráclito, se sintieron inflamados por su inmortal espíritu y hablaron los idiomas que antes desconocían, Echegaray supo hablar el lenguaje de los ignorantes y de los humildes, y devolvió al castellano su glorioso y democrático nombre de *fabla vulgar*, y logró ser, no ya un vulgarizador notable, sino el primero de los vulgarizadores del mundo!

El libro que bajo el título de *Ciencia popular* publicaron los Ingenieros de Caminos para contribuir al homenaje que en 1905 le rindió España entera, es un monumento elevado a su gloria, y una prueba terminante de que Echegaray llegó tan alto porque supo distinguir la *vulgarización* de la *vulgaridad*, distinción no tan fácil de hacer en un país donde, con uno o con otro nombre, los que escriben libros para los ignorantes o para los niños—palabras que en este caso son perfectamente *sinónimas*—, no aciertan a componer más que cursis o petulantes *Juanitos*.

\* \* \*



FUNDACIÓN  
JUANELO  
TURRIANO



La soberana, original e independiente inteligencia de Echegaray no pudo someterse a la absurda, ridícula y atrofiadora ley de la división del trabajo, que, llevada hasta sus últimas consecuencias, convierte al hombre en máquina y a la máquina en rueda que sólo engrana con las ruedas o los piñones que tienen una *dentadura*, si no de igual voracidad, a lo menos de igual tamaño que la suya. Creo sinceramente que la causa principal de la incultura que hoy avergüenza, o debería avergonzar al mundo ex civilizado, está en esa especialización que permite figurar en primera línea no sólo a la medianía discreta, sino también a la nulidad laboriosa, y que reduciendo el *público* hasta hacerle coincidir con el *autor*, hace que éste sea el único ser humano, capaz y competente para juzgar las obras que al sector por él descubierto y beneficiado se refieren.

Echegaray sirvió para todo; todo lo intentó y todo lo hizo bien...; pero como para explicarlo no basta mi pobre palabra, os lo va a decir la elocuencia soberana de D. Emilio Castelar, que hace treinta y ocho años, ocupando el lugar que ahora ocupo yo indignamente, contestó a aquel hombre maravillosamente proteico, en nombre de la Academia Española:

“Solamente conozco dos grandes personalidades por el estilo: aquel Goethe, escribiendo las cartas histéricas de Werther en los delirios de un concentradísimo amor o evocando a Margarita con sus remordimientos en los severos oficios de la Catedral, mientras invenía ignoradas verdades, tanto en Botánica, como en Optica o en Fisiología; y aquel famosísimo Leonardo de Vinci, quien atleta, lucha; gimnasta, corre; juglar, tañe; tenor, canta; químico, manipula; geólogo, excava; ingeniero, canaliza; óptico, inventa la cámara oscura; poeta, versifica; jinete, cabalga; hipnotizador, atrae a sí los átomos arrastrados por el magnetismo animal; condotiero, dirige y pelea; físico, ensaya; político, aconseja; naturalista, clasifica; médico, asiste; anatómico, diseca; geómetra, dibuja las pro-





porciones del cuerpo humano y las líneas de los paisajes; astrónomo, renueva las nociones pitagóricas antes que las renovara Copérnico; retratista, nos ofrece vivo al famoso Américo, y nos alegra y nos subyuga con la mirada luminosa y la sonrisa indescifrable de su Gioconda; caricaturista, se burla de sus contrahechos tipos; escultor, erige la estatua ecuestre de Francisco Esforza; mecánico, mide y observa el movimiento de los cuerpos celestes; filósofo, platoniza en los jardines de Florencia, tan parecidos a los jardines de Academo; genio universal, como del Renacimiento, resucita, heleno, Bacos ebrios en las cavernas y ninfas voluptuosas en los bosques, y cristiano también, sobre el muro del refectorio de la Gracia en Milán, evoca la santísima figura de Cristo en el instante sublime de instituir el Sacramento de la Eucaristía, convirtiendo el pan y el vino en cuerpo y sangre de Dios, para comunicar su ser a las fibras y a las venas de nuestra humanidad, libre y emancipada y redimida.”

\* \* \*

Y aquí debía concluir; pero no he de hacerlo sin agradecer a la Academia Española que me haya honrado encomendándome la alta misión de representarla en este acto en unión de mis queridos y admirados amigos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, cuya gloria, siempre creciente, basta a compensar la insignificancia de mi persona y a haceros perdonar mi temerario atrevimiento. Quiero saludar a los dignísimos académicos de la de Ciencias D. Pedro Carrasco y D. Pedro González Quijano, que vienen aquí a celebrar la gloria de Echegaray como matemático insigne, y muy efusivamente a vuestro ilustre Director, D. Leonardo de Torres Quevedo, que ha realizado los tres milagros que en los expedientes de canonización se exigen, o que, por lo menos—según dijo el autor de la *Política*





de Dios y gobierno de Cristo—, ha sabido imitar los efectos de esos milagros: 1.º Sustituyendo a un insustituible, como Echegaray, en la Presidencia de esa ilustre Academia; 2.º, realizando sus portentosos descubrimientos, que le convierten en verdadero poeta de la invención, ya que su genio se cierne triunfalmente sobre la inmensa comba del Niágara, como se cernió en tiempo relativamente remoto la inspiración de Herrera el Viejo, y en época reciente la de Carlos Fernández Shaw, y que, sin *abatirse a las grandezas del vulgo*, ha obligado al péndulo a realizar el trabajo de la mente, o ha convertido el hierro en músculo y el acero en fibra para dotar a la materia inerte de voluntad e inteligencia, creando un incomparable *ajedrecista* que mueve las piezas sobre los escaques y que no tolera burlas ni consiente trampas; y 3.º, porque ha resuelto la antinomia que dejó planteada Campoamor en su poema *Los Buenos y los Sabios*, contestando triunfalmente a la pregunta que el malicioso poeta creyó incontestable:

”¿Quién vale más, los buenos o los sabios?

¡En el día del juicio lo veremos!”

puesto que, sin aguardar a ese día, ha sabido hacerse querer por su bondad y hacerse admirar por su genio, que el mismo Echegaray exaltó con fervoroso y justo entusiasmo.

En cuanto a éste, sólo he de añadir que ha entrado en la Historia, y que cuanto más severo sea el criterio con que se le juzgue, más depurada saldrá su fama y más resplandeciente su gloria de ese crisol, que, como el crisol de nuestro escudo, *limpia, fija y da esplendor* al oro que se apura al desprenderse del cuarzo, porque, como dije al evocar en ocasión parecida la figura del gran Tamayo: La celebración de un centenario, aunque sea como éste, doblemente el primero, puesto que en él se conmemora, no la muerte, sino





el natalicio de un grande hombre, ha de marcar un cambio radical y completo en la manera de juzgar sus obras, que ya no han de ser consideradas como contemporáneas, sino como históricas, porque, al hacerlo así, es cuando se comprende lo que en ellas hay de circunstancial, de perecedero y de deleznable, y lo que en ellas existe de permanente, de invariable y de definitivo.

Los que conviven con el escritor y participan de sus amores y de sus odios, y comparten sus temores y sus esperanzas, no pueden olvidar que, al juzgarle, se juzgan, mientras que la posteridad, al pronunciar solemnemente lo que Manzoni llamó la *ardua sentencia*, la funda en resultandos más positivos y la razona con más imparciales considerandos.

Entonces empieza a distinguirse la fugaz llamarada de la notoriedad del resplandor cambiante de la fama, y éste de la luz inalterable de la gloria; entonces, a la vez que los rasgos fisonómicos del escritor se borran, se desvanecen y se confunden en lo que tuvieron de vulgar, de genérico y de transitorio, se definen, se precisan y se acentúan en lo que tienen de individual, de característico y de simbólico, adquiriendo al ser reproducidos en el mármol o en el bronce, que los transfigura y ennoblece, su serena expresión y su inalterable permanencia, y entonces, finalmente, los árboles de hoja caediza se van despojando de su follaje y acaban por recortar sobre el rojizo cielo del otoño el descarnado esqueleto de sus ramas desnudas, mientras, sin temor al invierno que se avecina, la palmera y el laurel ostentan su perenne verdor y su pomposa lozanía, y mientras el mismo viento que barre y dispersa o arremolina y amontona la hojarasca inútil, reseca y crujiente, sigue entonando, entre las guirnaldas de sus frondas nunca marchitas, el himno eterno y triunfal de la inmortalidad y de la victoria.





Discurso de D. Pedro M. González Quijano, Académico  
de la de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Ingeniero  
Profesor de la Escuela de Caminos.



FUNDACIÓN  
JUANELO  
TURRIANO



El presente es un documento de carácter informativo y no debe ser considerado como un informe oficial. El contenido de este documento es el resultado de una investigación realizada por el personal de la Fundación Juanele Turriano, y no debe ser utilizado para fines comerciales o políticos. El presente documento es propiedad de la Fundación Juanele Turriano y no debe ser reproducido sin el consentimiento escrito de la misma.

El presente documento es el resultado de una investigación realizada por el personal de la Fundación Juanele Turriano, y no debe ser utilizado para fines comerciales o políticos. El presente documento es propiedad de la Fundación Juanele Turriano y no debe ser reproducido sin el consentimiento escrito de la misma.

El presente documento es el resultado de una investigación realizada por el personal de la Fundación Juanele Turriano, y no debe ser utilizado para fines comerciales o políticos. El presente documento es propiedad de la Fundación Juanele Turriano y no debe ser reproducido sin el consentimiento escrito de la misma.



EXCMO. SEÑOR; SEÑORAS Y SEÑORES:

**H**ONRAR la memoria de sus hombres representativos es, para los pueblos, no sólo deber de gratitud, sino, además, ocasión y fuente de utilísima enseñanza, porque en ellos pueden ver exaltadas al máximo, o felizmente combinadas, las energías profundas y las excelsas virtudes de la raza, destacando en un ambiente a veces estimulante, en ocasiones esterilizador.

Si ello no fuera tan patente, el ejemplo de D. José Echegaray, cuyo nacimiento conmemoramos, serviría a maravilla para la demostración de esta verdad. Nacido en Madrid, de padre aragonés y de madre vasca, se traslada con su familia, muy niño todavía, a Murcia, donde recibe la primera educación, y a Madrid vuelve para estudiar la carrera de ingeniero de Caminos, a la que le empuja su vocación científica, desde muy temprano despertada. No le guiaba, en la elección de carrera, el gusto por una profesión que aún no había tenido ocasión de conocer, sino su afición irresistible a las ciencias matemáticas, que constituían el nervio de la preparación para el ingreso en la Escuela especial.

Echegaray, alumno, da pruebas inequívocas de sus aptitudes científicas excepcionales: pasa por todas las pruebas, obteniendo en



FUNDACIÓN  
JUANELO  
TURRIANO



todas, las calificaciones más brillantes, y a los veintiún años termina la carrera, número uno de su promoción, y es destinado al distrito de Granada, donde el jefe le fija su residencia en Almería.

¡Primera desilusión! Echegaray hubiera deseado alguna obra importante que le permitiera aplicar su ciencia; en Almería tenía, como única labor, conservar una carretera de cinco kilómetros, y vigilar la monótona prolongación de un muelle de escollera. “¡Para esto, tantos años de estudio!” Echegaray distrae su aburrimiento y alivia su tristeza con el estudio de las obras de Lagrange, de Legendre, de Gauss, estudio que alterna con lecturas literarias, a las que siempre fué también gran aficionado, sin que por entonces despertaran todavía en él aquella actividad a la que más tarde dedicó buena parte de su vida.

La situación vino a complicarse con una persistente infección palúdica, que le obligó a pedir una licencia, y poco después es trasladado al distrito de Valladolid, donde tampoco permanece más que meses, por ser llamado a la Escuela como profesor, cuando aún no tenía sino veintitrés años.

Echegaray se encontraba de nuevo en Madrid, en condiciones que podrían parecer las más favorables para que se dedicara a sus aficiones favoritas; su mismo cargo era un incentivo: la explicación de las asignaturas de Matemáticas, que le estaban encomendadas, le ponía en contacto obligado con las ciencias de su predilección, y, fruto de sus esfuerzos por presentarlas a sus alumnos con la máxima claridad, fueron varios de sus trabajos, reducidos unos a simples apuntes, y publicados, otros, por la *Revista de Obras Públicas* o por la Academia de Ciencias. Son de aquella época sus *Problemas de Geometría*, sus *Determinantes*, sus *Teorías modernas de la Geometría*, su *Cálculo de variaciones*, su *Termodinámica*, su *Teoría matemática de la luz*...

Pero había circunstancias que impedían que Echegaray se dedi-





cara de lleno y por entero al cultivo de la ciencia: las exigencias de la vida empezaban a pesar sobre él, que acababa de constituir una familia y tenía que sostener su hogar, con agobios económicos de que su mezquino sueldo no llegaba a librarle, ni tampoco aquellas obras que, escritas para un reducido círculo de lectores, no le producían el menor ingreso.

Para salir de apuros, Echegaray intenta dedicarse a la enseñanza particular; pero para ello necesitaba abandonar la Escuela, pues la enseñanza de la que podía esperar rendimientos importantes era precisamente la de las materias que constituían el examen de ingreso en aquélla. Dispónese a hacerlo, pero no le dejan; era en la Escuela insustituible, y se le niega el pase a supernumerario; y lo mismo más tarde, cuando intenta salir de nuevo, solicitado por don José Salamanca para colaborar como ingeniero en la construcción de los ferrocarriles italianos, que el emprendedor banquero había tomado a su cargo.

Echegaray se lamenta amargamente, en sus *Recuerdos*, de que el Estado, con aquellas negativas, le impidiera hacer una fortuna, a lo que tenía indiscutible derecho; pero, aunque injusta, la resolución obedecía, sin duda, a un noble anhelo: el de conservar, para la ciencia pura y desinteresada, hombre que tantas aptitudes tenía para ella; sólo que el remedio se quedaba a mitad de camino, pues lo lógico hubiera sido completar la medida con una remuneración decorosa; pero a ello se oponían las uniformidades administrativas y las estrecheces del presupuesto.

A las preocupaciones y apremios familiares se sumaban, también, en el Madrid de entonces, otras ocasiones y motivos que tendían a desviarle del estudio de la ciencia pura, o, por lo menos, a impedirle que se consagrara a ella con aquella dedicación ferviente y exclusiva exigida por la labor original y fecunda. Los años que precedieron a la Revolución septembrina fueron de gran pasión po-





lítica, de lucha incesante entre el espíritu nuevo y la tradición arcaica, pujante el primero, henchido de fe y de entusiasmo, receloso e irreductible la segunda, y, entre ambos, un poder sin ideal definido, inhábil y desprestigiado e igualmente combatido por los partidos extremos.

Echegaray, hombre de fe liberal, de tendencias progresivas, simpatizaba con las nuevas ideas; pero la lucha política no era su elemento, al menos la lucha diaria por los intereses de partido, necesaria a veces, pero con frecuencia impregnada de lamentables impurezas, que repugnaban a su espíritu delicado y hacían vacilar su fe en la virtualidad de los ideales.

Pero aun entonces, la política tenía múltiples facetas, y no era la menos importante, por aquellos días, la que se relacionaba con las cuestiones económicas, más bien estudiadas desde el punto de vista de los principios que desde el más fecundo, pero también más complicado y difícil, de las realidades nacionales y sociales. Las propagandas a favor del librecambio, de las que era el alma el infatigable D. Gabriel Rodríguez, también, como Echegaray, profesor de la Escuela de Caminos, habían comenzado a conmover los ánimos, prometiendo todo género de bienandanzas de la libertad económica íntegra y resueltamente aceptada.

No había prestado hasta entonces Echegaray gran atención a estas cuestiones; pero la lectura de las *Armonías económicas*, de Bastiat, que D. Gabriel Rodríguez le suministrara, abrió a sus ojos nuevos horizontes; la sencillez de los principios, el lógico rigor de las consecuencias conquistaron su espíritu, formado en las disciplinas matemáticas, de las que parecía ser un reflejo la nueva ciencia que, con símbolos o sin ellos, se presentaba con todos los caracteres de una ciencia de razonamiento.

Nuevo convertido, entró en la liza con todos los ardores del neófito, y con D. Gabriel Rodríguez fundó *El Economista*, en el que





escribió numerosos artículos, y ambos, más tarde, con Moret, con los Bona, con San Román, Figuerola y Pastor, la sociedad para la reforma de los aranceles de Aduanas, en la que hizo sus primeros ensayos como orador, en el Ateneo y en la Bolsa.

La fama de Echegaray como hombre de ciencia había traspasado ya el círculo de sus amigos e inmediatos admiradores, y la Academia lo llamó a compartir sus trabajos en 3 de abril de 1865, tomando posesión de su cargo en sesión pública de 11 de marzo de 1866, en la que le dió su bienvenida, en nombre de la Academia, D. Lucio del Valle, el eminente ingeniero que dió cima a la construcción del canal que conduce a Madrid las aguas del Lozoya.

El discurso de recepción que en aquella ocasión leyera Echegaray—discurso que fué, más tarde, motivo de alguna discusión apasionada—revela sus íntimas aficiones, y tal vez pudiera escucharse en él, también, como el eco de las contrariedades que le produjera el verse desviado y entorpecido para seguir el camino por donde su vocación le llamaba.

Era el tema la “Historia de las Matemáticas puras en nuestra España”, y el orador llama hacia él, desde el principio, la atención de la Academia, porque su importancia, “los arduos problemas que encierra y su inmensa trascendencia para el porvenir le hacen digno de estudio y meditación; que al fin es la ciencia, por más abstracta que en sus concepciones a primera vista parezca, germen fecundo de progreso para pueblos, enérgico purificador del alma, luz que alumbra a la humana inteligencia con divinos resplandores”.

Y, para definir mejor el objeto de que se trata, añade: “Y entiendo por Matemáticas puras la ciencia eminentemente racional, no la Física, ni la Astronomía, ni todas aquellas que, si bien acuden al análisis algebraico o geométrico como a poderoso auxiliar, son, por su naturaleza y por el carácter de los fenómenos que estudian, verdaderas ciencias de observación.”





Pero, al desarrollar su tema, Echegaray comprueba con infinita tristeza el papel insignificante que España representa en el desarrollo moderno de esa ciencia, la absoluta carencia de nombres españoles que poder oponer a un Newton, a un Viete, a un Fermat, a un Laplace, a un Lagrange, a un Euler, a un Leibnitz, a un Abel. Compara a España, en este respecto, con la antigua Roma; tampoco ésta puede presentar un solo nombre ilustre que pueda parangonarse con los grandes geómetras de Grecia: con los Euclides, con los Arquímedes, con los Apolonio. “Quizá hallaréis—dice—nombres respetables; respetables, sí, pero grandes geómetras, genios potentes, de esos que graban como con sello divino su nombre inmortal en un siglo y le hacen suyo, no, no los busquéis, que ni en Roma ni en España podréis hallarlos; y doy a mi patria, en su aflicción, ilustre compañera, Roma, que es cuanto hacer por ella puedo.”

Sólo por corto tiempo, y en época no de las más brillantes en el desarrollo del pensamiento matemático, durante la dominación musulmana, preséntase nuestra patria como maestra. “España fué entonces, pero no la España cristiana, el centro del saber en Europa: en las célebres escuelas de Córdoba, de Sevilla, de Murcia y de Toledo se enseñaba toda la ciencia acumulada durante tantos y tantos siglos en Oriente. De todas partes, de Inglaterra, de Francia, de Italia, de Alemania, acudían extranjeros ganosos de saber, buscando entre los árabes españoles los ricos tesoros de la codiciada ciencia.”

Mas al llegar aquí, aun reconociendo que tuvimos entonces en ciencias matemáticas sabios ilustres, añade: “Pero cuenta que aquellas nuestras glorias son glorias de los árabes españoles. Y si del pueblo enemigo renegamos; si, como redujimos a ceniza sus bibliotecas, reducimos a ceniza, en el fuego de nuestro odio tradicional, el recuerdo de tanto y tanto geómetra árabe; si como





arrojamos de nuestro suelo, que era también el suyo, a sus infelices descendientes, arrojamos de nuestra historia aquellas sus pasadas glorias, ninguna, que sólo a nosotros pertenezca, nos queda.”

Y cuando, más adelante, examina la labor del siglo xvii, siglo heroico de geniales progresos, su lamentación raya con la congoja. “Abro—dice—la *Biblioteca hispana*, de D. Nicolás Antonio, y en el índice de los dos últimos tomos, que comprenden del año 1500 al 1700 próximamente, tras muchas hojas, llenas de títulos de libros teológicos y de místicas disertaciones sobre casos de conciencia, hallo, al fin, una página, una sola, y página menguada, que, a tener vida, de vergüenza se enrojeciera, como de vergüenza y de despecho se enrojece la frente del que, murmurando todavía los nombres de Fermat, de Descartes, de Newton, de Leibnitz, busca allí algo grande que admirar y sólo halla libros de cuentas y geometrías de sastres.”

Y la misma triste y lamentable inferioridad encuentra en el siglo xviii y en el xix, siglos en que la ciencia continuaba la marcha triunfal que en el xvi y el xvii había iniciado. Pero al llegar aquí abre el pecho a la esperanza, nota señales de regeneración, observa los adelantos recientes en el estudio de las Matemáticas, y, aunque todavía no pudiera mostrar ningún descubrimiento español verdaderamente importante, aliviaba sus pesares pensando que, “cuando tan rezagada queda una nación, harto hace con alcanzar a las que en tres siglos la aventajan”, y expresa su confianza en los futuros progresos de España: “El porvenir es suyo, su voluntad será enérgica, el campo del saber es infinito, y genios tendrá cuando, libre de fatales trabas, y conquistada la libertad filosófica, que es la libertad del pensamiento, se lance de lleno al estudio de esta gran ciencia, que dió a Descartes, a Newton y a Leibnitz nombre inmortal.”

Termina aquel discurso con un canto en loor de la ciencia





pura, y en el que rechaza la actitud de los que sólo se preocupan por sus aplicaciones: "Es la ciencia eminentemente útil, no de una manera indirecta por sus aplicaciones, sino directa e inmediata, porque directa e inmediatamente y por su propia virtud satisface altísimas necesidades humanas, y del mismo modo que el cuerpo busca el pan de cada día, busca el alma, hambrienta de belleza y de verdad, algo que satisfaga las aspiraciones a lo infinito de su inmortal esencia." Esto no excluye la aplicación práctica de la verdad abstracta; más bien puede decirse aquí: "Amad a la ciencia por la ciencia, a la verdad por la verdad, que el resto se os dará por añadidura." "Si un pueblo no ama a la ciencia pura, y con ella fortifica su corazón, caerá fatalmente en vergonzoso embrutecimiento, y, desdeñado por todos, extraño a la vida del pensamiento, sufrirá la pena del olvido, triste muerte de todo pueblo que no ha sabido conquistar su inmortalidad en la historia."

Este discurso levantó acerbos críticas: hería en lo vivo el orgullo nacional, no tan deprimido entonces como en tiempos posteriores, pero hería también hondos sentimientos y añejas preocupaciones que en aquellos días de lucha se aprestaban para decisivas batallas. Echegaray reconoció algo más tarde que se había excedido un poco al inculpar de todo nuestro atraso exclusivamente a la Inquisición y al fanatismo religioso; pero el hecho escueto quedaba inmovible, y toda la inmensa erudición de un Menéndez Pelayo no pudo oponer, a la acusación de inferioridad formulada por Echegaray, ni un hombre ni una obra de suficiente altura para que pudiera hacer vacilar sobre la justicia del fallo.

Aquel discurso envolvía, sin embargo, un ansia de regeneración, una confiada esperanza en el porvenir; constituía un programa. Echegaray era, quizá, el hombre llamado a realizarlo, pero la situación no era tampoco propicia. Dos años después la Revolución triunfa, y Ruiz Zorrilla, ministro de Fomento, nombra direc-





tor de Obras públicas a Echegaray, que deja sus cátedras de la Escuela para ser absorbido en los torbellinos de la política.

Desde la Dirección, en las Cortes, en el Ministerio después, Echegaray dió claras muestras de su fecundo talento y de su profundo buen sentido, que mitigaba las exageraciones de la teoría con la apreciación serena de la realidad. Obra suya fué el actual Banco de España, y él, individualista convencido, que veía en la libre concurrencia el gran motor de la moderna vida económica, establece la circulación fiduciaria única y la entrega en monopolio al nuevo Banco de emisión. Pero las circunstancias imperiosamente lo exigían, y Echegaray no vacila: abatido el crédito, agotados los impuestos, esterilizada la desamortización, que hubiera podido ser fuente de cuantiosos ingresos, y ante la necesidad de mantener los enormes gastos de la guerra que desde hacía dos años afligía a la mayor parte de las provincias, era precisa una potencia financiera que, sin desatender las funciones propias de su instituto, llegara en ayuda de la Hacienda pública, prestándole una elasticidad de que desgraciadamente carecía.

Y no deja de vislumbrar los peligros de su nueva creación, y por eso los señala certeramente en el preámbulo, advirtiendo que, si en ciertos momentos críticos puede ser el Banco un auxiliar eficaz de la Hacienda, "hay que ser prudente hasta el último extremo, y cauteloso hasta la exageración, en pedir al Banco nacional anticipos a cuenta de los 500 millones" que la disposición destinaba a estos efectos. Su buen sentido reprime por igual al teórico y al arbitrista.

La Revolución pasó, y Echegaray abandonó la política, y sólo una vez volvió a ser ministro de Hacienda, en 1905, cediendo a insistentes ruegos de D. Eugenio Montero Ríos, que presidió aquella situación. Su labor y sus intervenciones parlamentarias le hicieron cosechar nuevos triunfos. Algunas de sus frases de entonces,





como la que recomendaba *el santo horror al déficit*, hicieron fortuna; pero aquello fué ya sólo un episodio de la vida de Echegaray, cuya principal actividad estaba reconcentrada en el Teatro.

No he de hablar de Echegaray en lo que a esta actividad respecta; personalidades mucho más competentes que yo se han encargado de hacerlo; pero sí querría hacer notar que, con representar tanto en la vida de Echegaray su considerable labor en este dominio, no ocupaba en sus aficiones el lugar preferente que a las Matemáticas consagraba. Así lo declaró más de una vez:

“Ocasiones hubo—decía a quienes le preguntaban—en que, el afán de ganar dinero, de resolver el problema de la vida, me animó a cultivar la dramática. En cambio, mi afición a las Matemáticas era más desinteresada, más pura, más honda, más grande, en una palabra.”

Con su actividad literaria alternó también Echegaray una labor vulgarizadora de la ciencia de su tiempo; pero en el ambiente general de la época, distraído y superficial, la vulgarización de la Matemática pura no permitía esperar grandes éxitos, y Echegaray se limita a las ciencias de observación y a las aplicaciones que más directamente de las Matemáticas reciben inspiración y desarrollo. Sus *Teorías modernas de la Física*, sus numerosos artículos en la prensa diaria, que, con el título de *Ciencia popular*, recogió en un libro el Cuerpo de Ingenieros de Caminos, para colaborar en el homenaje que la nación le tributara con motivo de la concesión del premio Nobel, y algunos otros aparecidos en revistas de público más restringido, corresponden a esta serie de trabajos, entre los que culminan dos que revelan su amor por la ciencia pura y el supremo lugar que le asignaba en la jerarquía del saber; son *El método racional y el método empírico en las ciencias físicas* y *Carácter de los conceptos matemáticos*.

Imposible analizarlos aquí, pero no resisto a recordar un pá-





rrafo en el que quiere resumir la última aspiración de la ciencia:

“Se condensaron—dice—los hechos en leyes empíricas; se han reducido éstas a un corto número de hipótesis que son, en rigor, grandes síntesis; pero falta completar la obra, reducir todas las hipótesis a una, y, si es posible, hacer que esta ley única pierda su carácter empírico, se racionalice por completo, y busque en la filosofía su verdadero origen y su natural deducción.”

Aspiración grandiosa, que la ciencia tal vez nunca llegará a realizar, pero que demuestra las íntimas tendencias de Echegaray, su amor por lo absoluto, y lo absoluto eran para él las Matemáticas, como emanación eterna de la Inteligencia suprema.

En sus últimos años Echegaray abandona el Teatro; los gustos del público habían cambiado, pero él no podía cambiar ya sus gustos ni su temperamento, y se refugia en el estudio de sus ciencias favoritas. En realidad, nunca las había abandonado del todo, ni aun en la época de sus grandes triunfos teatrales: de 1887 son sus *Disertaciones matemáticas sobre la cuadratura del círculo, el método de Wantzel y la división de la circunferencia en partes iguales*, escritas con motivo de una demostración de Lindeman, que adivina antes de conocerla.

En 1895 inaugura en el Ateneo los cursos de estudios superiores, explicando uno sobre “Resolución de ecuaciones de grado superior y teoría de Galois”, al que siguió otro sobre “Funciones elípticas”.

En 1905 es llamado a explicar Física matemática en la Universidad Central, cuando tenía setenta y tres años, e inaugura el curso académico con un discurso sobre “La Ciencia y la Crítica”, en el que examina cómo las grandes teorías de antaño empezaban a desmoronarse al contacto con nuevos hechos y al embate de nuevas ideas. No deja de arrancarle el espectáculo triste ayes, aunque procura reconfortarse con la esperanza de un porvenir más hala-





güeno: "Cuando acabe esta crisis es seguro que brillará la verdad con mayor esplendor; pero, entretanto, la confusión es dolorosa para los antiguos creyentes, como para el creyente que pierde su Dios y sus altares, su fe y sus esperanzas."

Mas, cualquiera que sea el resultado, lo acepta y lo desafía en aquellas frases con que el discurso termina:

"Pero, ¿qué importa? La grandeza de la ciencia humana está en acometer grandes empresas, aunque no las realice del todo. La raza humana dice: el tiempo es infinito; pues adelante, y a ver quién se cansa más pronto: la sombra, de querer ser sombra, o la luz, de querer iluminarla."

¡Recia contextura de viejo que todo lo concentraba en el querer!

Durante diez cursos consecutivos explica todavía su asignatura, abordando temas distintos de la Física matemática, cuyas lecciones fueron recogidas en otros tantos volúmenes, el último de los cuales lleva fecha de 1916, precisamente en el año que se extingue esta gloriosa vida, toda ella dedicada al estudio y al trabajo, merecedora, sin duda, del más rendido tributo de respeto y de admiración.

Cumplen, al otorgárselo, un inexcusable deber las Corporaciones que se honraron teniéndole en su seno; pero, como ya decía al principio, estas evocaciones son también fuente de utilísimas enseñanzas, y no de una utilidad material y egoísta, impropia de ser invocada en ocasión semejante, sino de aquella utilidad moral que brota de los altos ejemplos, y va formando, a través de las edades, la conciencia de los pueblos, sin que haya que buscar en ella el hecho escueto, la interpretación literal, la imitación servil, sino el espíritu que anima y vivifica, y que, por encima de todas las cambiantes realidades concretas, establece una verdadera comunidad entre los vivos y los muertos.

Las instituciones se derrumban, las sociedades se transforman, el arte toma nuevos rumbos, las teorías científicas pasan; pero en





los pueblos que no están llamados a desaparecer, hay algo que mantiene la continuidad de la historia, y ese algo es, ante todo y sobre todo, *voluntad*; es ese *querer* que antes recordaba, amparado de la mágica palabra del maestro; ese querer que es tantas veces poder, y que no debe encontrar más limitaciones que las que emanan de los imperativos del deber.

Pero ese poder, con ser a veces tan grande, no siempre acierta a vencer la indiferencia social, la inercia colectiva, y se agota o se desvía por derroteros distintos de los que el querer señalaba. ¿Y no es en esa falta de ambiente, más que en ingénita inferioridad de la raza, donde hay que buscar la causa del atraso científico de España, que con tanta elocuencia deploraba Echegaray en sus años mozos? Cuestión ardua y que no es del caso discutir; pero, si hay que reconocer cuánto ha cambiado la situación en este punto, merced, en gran parte, al esfuerzo y a la labor del hombre a quien rendimos este homenaje, no podemos aún vanagloriarnos de que haya por completo desaparecido el motivo de sus lamentaciones.

Por eso hay que procurar, por todos los medios, extender y fortalecer ese ambiente; que todos lo quieran y que todos cumplan con el deber de hacer lo que puedan. Con ello contribuirán al resurgir de España, de esta España que siempre estuvo en el pensamiento y en el corazón de Echegaray.





El presente trabajo se ha elaborado a partir de los datos  
recopilados en el curso de la investigación de campo  
realizada en el año 1980, en el marco del proyecto  
de investigación sobre el desarrollo de la agricultura  
en la zona de estudio, financiado por el Ministerio  
de Agricultura, Pesca y Alimentación. El objetivo  
principal de esta investigación es conocer el estado  
actual de la agricultura en la zona de estudio, así  
como los factores que influyen en su desarrollo.  
Para ello se han realizado una serie de encuestas  
a los agricultores de la zona, así como una serie  
de observaciones directas en los campos de cultivo.  
Los resultados de esta investigación se presentan  
en el presente trabajo, dividido en tres partes.  
La primera parte describe el estado actual de la  
agricultura en la zona de estudio, así como los  
factores que influyen en su desarrollo. La segunda  
parte describe los problemas que se están  
presentando en la agricultura de la zona de estudio,  
y la tercera parte propone algunas medidas para  
mejorar el desarrollo de la agricultura en la zona  
de estudio.

El presente trabajo se ha elaborado a partir de los datos  
recopilados en el curso de la investigación de campo  
realizada en el año 1980, en el marco del proyecto  
de investigación sobre el desarrollo de la agricultura  
en la zona de estudio, financiado por el Ministerio  
de Agricultura, Pesca y Alimentación.



Discurso de los Señores D. Serafín y D. Joaquín Álvarez  
Quintero, Académicos de La Española.





Excmo. Sr. D. Juan de los Rios y D. Juan de los Rios  
Excmo. Sr. D. Juan de los Rios y D. Juan de los Rios



FUNDACIÓN  
JUANELO  
TURRIANO



SEÑORES ACADÉMICOS:

LA figura literaria de Echegaray ha sido siempre para nosotros objeto de la más pura admiración. Así, el participar hoy en este solemne homenaje a su memoria, al cumplirse los cien años de su nacimiento, nos proporciona la noble satisfacción de rendirle públicamente una vez más nuestro incansable aplauso.

De niños, en los días triunfales de su mayor exaltación como autor dramático, llevados de nuestra afición a la escena e impulsados por el aura popular de su gloria, leíamos con deleite infinito aquellas obras, de tan vivo y poderoso aliento, que ofrecían a nuestra imaginación infantil la visión de un mundo extraordinario lleno de negruras y resplandores, atrayente y bello como un abismo. Y nos aprendíamos de memoria, en fuerza de leerlos, y recitábamos entusiasmados fragmentos y pasajes, supliendo con el ardor primero las deficiencias de la garganta y de la voz.

“Llegamos esta mañana;  
tomamos tierra en el puerto;  
penetré solo en las calles  
en mi airosa capa envuelto...”



FUNDACIÓN  
JUANELO  
TURRIANO



¿Quién de vosotros no sabrá terminar el gallardo romance, que concluye con la feliz imagen de los gavilanes de la espada enganchándose en el velo de una mujer?

“¡Que siempre van gavilanes  
de palomas en acecho!”

De mozos, más conscientes ya de nuestro sentimiento admirativo, asistimos en Sevilla y luego en Madrid a los estrenos de sus dramas, y nuestras palmas sonaban siempre al unísono de las del público, que frenéticamente las batía en honor del autor insigne, lo mismo en los rotundos y vibrantes finales de los actos, que en medio de cualquier escena, sacudido por algún inesperado efecto teatral o por alguna expresión hiriente, certera y luminosa.

Y después, pocos años más tarde, cultivando ya nosotros nuestro huerto, el aplauso que otorgábamos a Echegaray se hizo todavía más sincero, más desinteresado y más noble. ¿Por qué? Porque aquel teatro, que nos avasallaba, como entonces a todo el mundo; como siempre, a todo aquel que libre de prejuicios lo oiga y lo vea, abriendo el alma al placer estético, y a la llama creadora, y a la luz del talento ajeno; aquel teatro pugnaba esencialmente, por dentro y por fuera, con el que a nosotros nos cantaba en el alma. Tendencia, propósito, medio, forma... ¡todo era distinto! Y sin embargo, nos vencía. Y al vencernos, tocando en lo vivo de nuestra conciencia, conturbando nuestra naciente fe y nuestros ensueños creadores, nos daba la medida de su irresistible poder y de su grandeza. Porque quien sólo sepa reconocer el mérito de lo coincidente con su espíritu y con su idiosincrasia artística, acabará por no admirarse más que a sí mismo perpetuamente. Y esto, sobre ser muy pobre y muy triste, debe de ser muy aburrido.

\* \* \*





Don José Echegaray, en su delicioso libro de *Recuerdos*, en esas charlas encantadoras en que nos va narrando los accidentes de su vida, con aquella atractiva amenidad tan sencilla, tan jugosa y tan sabia, en tantas horas desbordada en la *Cacharrería* del antiguo Ateneo y en el Saloncillo del antiguo Español, dice, al aludir a lo temprano de su vocación de dramaturgo:

“Evocando recuerdos antiguos, el primero con que tropiezo entre todos los de mi existencia, se refiere al teatro.

”¿A qué teatro? No lo sé. Pero era un teatro de Madrid, porque en Madrid nací y en él estuve hasta los tres años. ¿A qué función, comedia o drama, se enlaza esta lejana memoria? Tampoco lo sé.

”Imagínese una noche negra, muy negra: toda igual, toda oscura. Y de repente, un punto de luz. Y después, la misma sombra de antes.

”En las tinieblas de lo inconsciente apareció un instante una estrellita, que luego se apagó. Es que la conciencia brotaba por vez primera; y como fatigada del esfuerzo, se extinguía luego por mucho tiempo; no sé cuánto. Yo me vi, que apenas tendría tres años, como he dicho, en los brazos de una mujer; delante de mí, a poca distancia, una barandilla; más lejos, un escenario; y, por el fondo del escenario, cruzaba una actriz vestida de negro.

”Me desprendí de los brazos de la niñera—porque supongo que lo sería la que en los suyos me llevaba—; pugué por acercarme a la barandilla, y miré a la figura vestida de negro que atravesaba el foro.

”Y nada más. Cesó la sensación, o, al menos, perdió la fuerza necesaria para quedar grabada en forma de recuerdo.

”¿Quién sabe si de aquella primera impresión han podido nacer mis aficiones al teatro! Pero la impresión debió ser enérgica, porque muchos años han pasado, que yo no quiero contar porque





nadie me los cuente, y aun hoy mismo veo, con asombrosa claridad, *la barandilla, el escenario y la mujer alta y esbelta, y vestida de negro, que cruza por el fondo.*"

Nótese que estas últimas palabras están subrayadas por Echegaray. ¿Lo necesitaban acaso? Leyéndolas atentamente, ¿no se ve en ellas como la simbólica expresión de su obra teatral? Fuese deseo suyo el sugerir esto al subrayarlas, sea interpretación que les damos nosotros, el teatro de Echegaray es eso, en puridad: una dama atrayente, esbelta, vestida de negro, que cruza la escena española.

¡Y con qué bazaría! ¡Y con qué seguridad en sus pasos! ¡Y con qué fuerza fascinadora! El fondo ante que cruza, y sobre el cual se destaca vigorosamente, ya puede ser el muro almenado de un castillo roquero, ya las encrucijadas de una vieja ciudad española, con algún retablo que las ilumine, ya un salón elegante y moderno. El sol poniente, muriendo entre cárdenas nubes e incendiando con sus últimos rayos las almenas; la luz del retablo, trémula y mortecina, como parpadeo de unos ojos velados por lágrimas o como carraspeo de una garganta que quiere sollozar, y las luminarias cristalinas de las arañas del salón fastuoso, prestarán a la negra figura de la dama reflejos azulados, rojizos, movibles tornasoles, que realzarán bellamente su silueta romántica, su prestigio de arte. Por misterio y homenaje de la luz, detrás de su cuerpo irá su sombra; y delante de él, por turbaciones de su espíritu, irá otra sombra: la de su conciencia.

¿Es hermosa la dama? ¡Hermosísima! ¿Quién lo duda? Pero su hermosura, como su porte, es sorprendente, singular, extraña: tiene el raro incentivo de lo imperfecto.

Es pálida como una imagen de marfil, como una alucinada, o como una enferma de amor. No es una diosa ni una Venus, cuya contemplación nos deje estáticos y mudos: es una mujer que nos





subyuga, que nos absorbe el ánimo, llevándonos ciegamente tras ella; una mujer que vive, que se agita, que tiembla, que padece, que llora y que se hermosea con el llanto; una mujer que nos hace gritar a su paso con asombro y angustia; una mujer de encantos físicos inefables, enloquecedores, pero deformados por las contracciones del tormento. Su alma y su cuerpo viven en continuo sobresalto o temor; camina con más cautela que ruido; no se sabe, al verla pasar, si va a besar a un niño que duerme o va a matar a un hombre a quien odia. Noche en sus ropas, en sus cabellos y en sus ojos. De sus cabellos brotan reflejos metálicos, como de espadas que chocan en desafío batiéndose por ella; de sus pupilas salen llamas de amor invencible, infinito, febril; de pasiones insanas; de venganzas crueles; de su boca, que al hablar ya muere, ya besa, fluyen palabras multicolores, ternezas y lamentos mezclados, rugidos y plegarias; su voz, sorda o estridente, deja como un eco de hondos suspiros en el aire; como una invisible estela de lágrimas:

“¿Baja del cielo o sube de la tierra?”

Sus manos, ya se cruzan para el juramento o se crispan para la maldición y el apóstrofe, ya buscan un rostro y unos cabellos para acariciarlos, ya un puñal que va derecho a un corazón.

Rara vez sonríe... rara vez su frente se muestra plácida y serena... Desde que asoma, parece nimbarla un halo siniestro... Rara vez también habla sin gemir, y su lenguaje se diría dictado muchas de ellas por el delirio o por el insomnio. El poeta cuya musa es ha dicho: “Lo sublime del arte está en el llanto, en el dolor y en la muerte.”

Por eso, y no sin misterio, hirió esa dama enlutada la retina y el corazón del niño de tres años apenas, que quiso asir con su





manecita la barandilla del teatro, la noche en que la vió para no olvidarla.

Aquella mano había de escribir, rodando la vida, “La esposa del vengador”, y “La muerte en los labios”, y “O locura o santidad”, y “Mar sin orillas”, y “El gran galeoto... y tantas y tantas obras más; dramas torturadores, arbitrarios, violentos, deformes, si queréis, que afligen el alma con las salpicaduras de su sangre, con sus gritos de pasión, de duelo, de agonía, pero intensos, geniales, fuertes, arrolladores... y por todo esto, bellos.

El dolor, adueñándose de las almas; el conflicto tremendo, fatídico, sin posible aurora, sin redención, sin remedio piadoso o humano; la desesperación enroscándose como sierpe a los corazones; figuras tétricas, horribles, en lucha de muerte con otras totalmente opuestas a ellas; cuadros de rosada felicidad, que se ensombrecen repentinamente y se destruyen por un hecho fortuito, como torre que se desploma, herida del rayo o sacudida del terremoto; una generosidad caudalosa en los corazones juveniles; un ideal quijotesco en hombres que son locos, héroes o santos... Estas son, someramente señaladas, las características de la señera obra de aquel escritor eminente, de aquel autor dramático combatido con furia y exaltado con frenesí; que oyó mil veces la palabra genio halagar sus oídos y tuvo que soportar otras tantas silbidos y de-nuestos; que, en la cumbre de la gloria ya, mereció de sus compatriotas un grandioso y memorable homenaje, acogido por él con la dignidad de quien sabía que le era debido y con la humildad y la modestia de quien no era un fatuo; singular y peregrino ingenuo al que no le puede negar, el que más se obstine en negárselo todo, poderosa inventiva; vena fecunda, pujante y caudalosa. Porque los nuevos dramáticos que hoy aparecen en España y fuera de ella, son, con raras excepciones, aves de vuelo corto, o de pulmones débiles y frágiles alas, que se ahogan tras el primer pío





o se abaten tras el primer vuelo. Y Echegaray mantuvo, en torno a su persona y a su labor, la pasión de la multitud, el interés, la controversia, la adoración y el fervor populares—ese aire que si no lo respira el dramaturgo, sucumbe—, durante medio siglo.

Y este linaje de poetas es indispensable a la vida del teatro en España. Porque así somos. Cabe entre nosotros, claro es, el ingenio culto y exquisito que labre y cincele sus producciones con lentitud y refinamiento antes de ofrecerlas al público de tarde en tarde; pero la gente anhela, llama, necesita al otro ingenio, fértil y prolífico, que le alimente de continuo la apetencia y la sed de emociones, y que quiere que sea bien así como robusto leñador, de hacha incansable, que a la vez que tala el bosque va sembrándolo, porque sabe que las hogueras nacionales consumen fácil y prontamente toda la leña que en ellas caiga. Por desventura o vicio, nuestro público suele preferir a la leña vieja y reseca, que arde en tan bellas llamas de oro, la leña fresca y verde, aunque arda peor.

Oíd ahora, aunque todos lo conoceréis, el soneto en que describió Echegaray su modo de componer un drama:

“Escojo una *pasión*, tomo una *idea*,  
un *problema*, un *carácter*... y lo infundo,  
cual densa dinamita, en lo profundo  
de un *personaje* que mi mente crea.

La *trama* al *personaje* le rodea  
de unos cuantos *muñecos*, que en el mundo,  
o se revuelcan en el cieno inmundado,  
o se calientan a la luz febea.

La mecha enciendo: el fuego se propaga;  
el cartucho revienta sin remedio,  
y el *actor principal* es quien lo paga.





Aunque a veces también en este asedio  
que al *Arte* pongo y que al instinto halaga,  
me coge la explosión de medio a medio.

\* \* \*

A lo largo de sus *Recuerdos*, ya citados, pero cuya oportunidad para nuestro objeto es manifiesta, ya que en ellos se retrata D. José tan deliciosamente—su bondad extrema, su ternura filial, su ingenio amable y comprensivo, su ironía sin hiel, su timidez y su modestia—, a lo largo de esos *Recuerdos*, repetimos, asoma una obsesión muy graciosa: la obsesión del crítico, que lo fastidia continuamente, como mosca en la siesta, y a veces lo exaspera y lo irrita. Hable de lo que hable, siempre asoma el crítico: la mosca. No ya sólo cuando menciona curiosos lances de su niñez, visiones terribles que tal vez, como él dice, pudieron engendrar su afición a los desenlaces trágicos o espeluznantes dados a sus obras; no ya cuando de muchacho se escapa de la Escuela de Caminos, ganoso de acudir a los estrenos de las comedias de Ayala o de Tamayó; no ya tampoco cuando discute teorías estéticas en relación con el arte teatral, sino que también se acuerda del crítico al hablar de las Matemáticas puras, o de la Economía política, o de los oradores del Ateneo, o de la generosa juventud de su época, o hasta de un eclipse de sol. Trate de lo divino o de lo humano, del Arte o de la Ciencia, de casos sublimes o del suceso más vulgar, el comentario sobre el crítico no falta nunca. Es muy curioso. De la crítica y de los críticos trató también en su discurso de ingreso en esta Academia, contestado por Castelar, y a ellos consagró su famosa comedia “Un crítico incipiente”, sin duda para sacudirse la pesada mosca, con un garbo, un donaire, un desenfado juvenil, una zumba de viejo marrullero y experto, una comprensión bondadosa





y un salero, en fin, que no parecen fruto de la misma pluma que se complació en arrancar tantos ayes al dolor humano y en buscar constantemente los motivos de su inspiración en lo patético de la vida. ¡Admirable sátira! ¡Viva y donosísima pintura del ambiente teatral de su tiempo! En ella intervino su corazón más que en ninguna otra de sus obras. Estas, en general, son hijas de la fantasía, de la mente exaltada; “Un crítico incipiente” debió su existencia al dolor vivido, a lo que palpitaba en su torno, llegando a mortificarlo y a hacerlo reír a la vez de manera que dió en la obsesión que hemos apuntado.

¡Asombroso ingenio el de Echegaray! ¡Con el mismo desembarazo se movía en un campo que en otro! Querer, para él, era dominar. Fué perseguido por muchos críticos, es cierto; por los que le pedían lo que no podía darles: realismo, ponderación, equilibrio, armonía; lo que más pugnaba con su temperamento libre y romántico, que creaba en la abundancia y en el desorden. ¡Pero creaba! Pedíanle también corrección y pulcritud de forma, elegancia, justeza. Y esto lo dió en muchos pasajes de sus dramas, aunque tales críticos no quisieran verlo.

“¿Qué sabes tú del delirio”

—le dice el Conde de Argelez a su esposa, en la noche aciaga en que su castillo va a caer en poder de los sitiadores—,

“¿Qué sabes tú del delirio  
que infunde al hombre la guerra,  
si no sentiste en la tierra  
más martirio que el martirio  
que impuso a tu blanca tez  
algún beso enamorado  
en el camarín dorado  
de mi torre de Argelez?”





¿Lo hubiera expresado mejor el más alto poeta dramático? Y luego, a su hermano, el bastardo que lo traiciona, así le dice el mismo personaje:

“Dame los brazos, Manfredo.  
Es quizá la última vez.  
Cuando llegues a Argelez  
desciende, pues yo no puedo,  
a la cripta sepulcral  
en que mi padre reposa;  
besa su fúnebre losa  
y di a su sombra inmortal  
que he muerto en este torreón  
en que él vió la luz primera,  
abrazado a la bandera  
de Don Pedro de Aragón.”

Escuchad también estas dos estrofas de una escena de Leonor y Leonardo en “Mar sin orillas”, comparada por *Clarín* a la de Don Juan y Doña Inés del “Tenorio”.

Desea saber Leonardo cómo es el amor de su amada; de qué suerte lo quiere. Y dicen:

“—Te quisiera preguntar...

—Pues pregunta...

—Pues contesta,

niña de la frente honesta  
y del cándido mirar.  
Si no te amase, Leonor,  
con este amor que me abrasa,  
si fuese placer que pasa,  
fuego que extingue su ardor,





la culpa que ya existía,  
y al llegar el nuevo día  
te abandonase a tu suerte,  
para ya nunca más verte,  
¿me amarías?

—Te amaría.

—Si aquella noche, Leonor,  
en que te hallé desmayada,  
o de fuerzas agotada,  
o vencida del dolor,  
al volver de tu agonía  
y al encontrarme a tu lado  
te hubiera desamparado,  
¿me amarías?

—Te amaría.”

.....

Y oíd, por último, los elocuentes versos en que Ernesto, el héroe de “El gran Galeoto”, habla de cómo la calumnia nace y da lugar al delito y al crimen, analizando así el hondo pensamiento del drama:

“... Pero yo tengo aprendido  
que lo que dice la gente  
con maldad o sin maldad,  
según aquel que lo inspira,  
comienza siendo mentira  
y acaba siendo verdad.  
¿La murmuración que cunde,  
nos muestra oculto pecado,  
y es reflejo del pasado  
o inventa el mal y lo infunde?  
¿Marca con sello maldito





o engendra la que no había  
y da ocasión al delito?  
El labio murmurador,  
¿es infame, o es severo?  
¿es cómplice, o pregonero?  
¿es verdugo, o tentador?  
¿remata, o hace caer?  
¿hiere por gusto, o por pena?  
y si condena, ¿condena  
por justicia o por placer?"

Estos ejemplos, y otros muchos que podríamos citar, en verso y en prosa, dicen más de cuanto nosotros pudiéramos decir en defensa de este aspecto de la personalidad de Echegaray.

No es esto desconocer ni negar—fuera pueril e injusto—que haya en sus obras descuidos y defectos formales, sobre todo en las escritas en verso. Prosaísmos, frases torpes o de dudoso gusto, ripios... Pero en cuanto a estos últimos, que tan reiterada y ahincadamente se le echan en cara, conviene advertir que todas las épocas disfrutaban de sus *ripios característicos*, y los de Echegaray fueron ripios de la suya. Muletillas, giros familiares, interjecciones, juramentos, etc., corrientes entonces, cambiaron, al correr de los días, de valor, de color y de sonido. "¡Por San Ginés!" "¡Por Satanás!" "¡Por Belcebú!", que hoy nos disuenan o nos hieren, les fueron tolerados a casi todos los poetas dramáticos del pasado siglo, desde Zorrilla hasta López de Ayala; y nadie le discutió al primero prodigiosa facilidad en la rima, ni al segundo delicado buen gusto.

Estos tiempos nuestros también, claro es, ostentan sus *ripios representativos*. Pasarán los años y se verá lo abundante de la cosecha.

\* \* \*





Fué *Clarín*, por suerte suya y de Don José, el crítico que por su más amplia visión del arte, su mayor comprensión y más fino y sagaz espíritu, a toda hora supo defenderlo contra cuantos con razones o sin ellas lo atacaron, en los días de la más enconada lucha. Y no es que lo ensalzase incondicionalmente, ni mucho menos, pues bien le señaló errores y desmayos; pero tenía un elevado concepto de su misión de crítico, amén de la flexibilidad mental y el sentido de la justicia suficientes para no hacer castillos de los defectos y de las bellezas granos de arena, sino precisamente al contrario. Sabía perdonarle lo menos a quien acertaba en lo más.

“Si cuestión de escuela fuese—exclamaba en cierta ocasión—, yo sería el primer enemigo de Echegaray. Pero es cuestión de ingenio, y a éste hay que seguirle y alabarle, por donde quiera que vaya.”

“A la larga—decía otra vez—siempre acierta el que se fía del genio.”

Terminamos con estas palabras del glorioso crítico, enamorado como ninguno del teatro español del siglo de oro y del teatro romántico, para que acompañe a nuestros elogios de hoy la autoridad que por sí solos no tendrían.

Estas palabras nuestras, dictadas por la más sincera devoción, no son, en suma, sino un reflejo de la que siempre, como declaramos al comenzar, nos inspiró el gran talento de Echegaray. Reciban la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y la Academia Española nuestras cordiales gracias, por habernos brindado tan alta ocasión en que manifestarla nuevamente.











FUNDACIÓN  
JUANELO  
TURRIANO









FUNDACIÓN  
JUANELO  
TURRIANO





FUNDACIÓN  
JUANELO  
TURRIANO